



## MÉXICO Y ETIOPÍA

POR YOHANNES REDA-EGZY,  
*(embajador de Etiopía en  
México)*

Mi país nunca olvidará la valiente y noble actitud que México, de acuerdo con su largo historial de defensor del derecho de los pueblos débiles contra las agresiones extranjeras, supo adoptar en los tiempos en que nuestra vida como nación independiente y soberana se veía amenazada.

Fue en 1935 que desde Eritrea y Somalia, nuestro suelo era invadido por las fuerzas abrumadoramente superiores del ejército fascista, dotado de modernos aviones, cañones, y demás, a los que no podíamos oponer sino rudimentarios elementos; nuestro augusto soberano S. M. Haile Selassie I, combatió con sus tropas en el frente del Norte y en la batalla de Maichow, el 31 de marzo de 1936; mandaba personalmente a las fuerzas etíopes, y manejó él mismo una ametralladora.

Pero todo era inútil, y tuvo el emperador que conocer la amargura del exilio, sin dejar nunca de protestar contra el atentado injustificable de que era víctima su patria.

La Sociedad de las Naciones, creada después de la primera guerra mundial con la esperanza de que llegara a crear un régimen de paz y de legalidad entre todos los países del mundo, se vio entonces puesta a prueba, fallando lamentablemente en su misión; efectivamente, al principio, todas las naciones asociadas se pusieron del lado de Etiopía, de cuya parte estaban la más clara razón y el derecho, pero después ya fueron solo tres, una de ellas México, que mantuvieron hasta el final tan digna actitud.

La representación de la República Mexicana la formaban en-

tonces, ante el organismo de Ginebra, cuatro personalidades: desde luego don Isidro Fabela, más don Manuel Tello, don Narciso Basols y don Marte R. Gómez. Y fueron múltiples las oportunidades en que con todo valor civil, elevaron la voz y emitieron sus votos en defensa del pueblo inhumanamente atropellado de Etiopía y de su digno y heroico Soberano.

Se votaron sanciones contra el país invasor, y México las sostuvo y aplicó sin flaquear; aun consumada la ocupación y proclamado emperador el rey extranjero, nunca quiso reconocer el hecho, no enviando embajador ante dicho jefe del Estado para evitar que se tomara el acto como aceptación de lo que resultaba inadmisibile.

El 30 de junio de 1936, sucedió algo sin precedentes en la historia del mundo; el propio emperador se presentó ante la Sociedad de las Naciones para hacer personalmente la más solemne protesta por la agresión y reclamar a los presentes el respeto de las firmas que habían dado al pacto que debía proteger contra tales atentados. Aun se recuerdan sus palabras tan dignas como justicieras, como cuando dijo:

“Fuera del Reino del Señor, no hay sobre la tierra ninguna nación que sea superior a ninguna otra. En el caso de que algún gobierno fuerte considere que puede apropiarse dicha superioridad e impunemente destruir a un pueblo débil, entonces llega la hora para ese pueblo débil de apelar ante la Liga de las Naciones para que ésta con toda libertad diga la palabra. Dios y la Historia recordarán su veredicto.”

Como dijimos, entonces no valió para nada el buen derecho, ante el temor que se le tenía a los agresores. Fue a los cinco años día por día desde que tuvo que abandonar su capital, que por fin regresó triunfante el emperador a Addis-Ababa.

Pero nunca ni él ni su pueblo olvidaron a los que se habían mostrado como fieles amigos durante las épocas de dificultades y de dolor. Por eso es que cuando Su Majestad visitó México, tuvo el gusto de agradecer personalmente esos rasgos de amistad del entonces presidente de la República, general de División Lázaro Cárdenas, y del señor licenciado Fabela, muy especialmente; al primero lo fue a ver a Michoacán, al segundo, a su residencia de la bella casa del Risco en San Angel. Y naturalmente, por intermedio del actual mandatario, el excelentísimo señor presidente don Adol-

fo Ruíz Cortines, hizo llegar a todos los mexicanos los sentimientos de amistad del pueblo etíope.

Es nuestro anhelo que esa amistad, demostrada desde 1935 con hechos por el señor licenciado don Isidro Fabela, siga siempre estrechándose entre ambos países, como muestra de lo que algún día habrá de llegar a ser la verdadera fraternidad de las naciones.